

Bienvenidos a la Sociedad aumentada

DOLORS REIG. PSICÓLOGA SOCIAL Y EDITORA PRINCIPAL DE EL CAPARAZÓN. BARCELONA.

Obviamos a veces, entre marcas, tendencias y ruidos sociales variados la característica fundamental del cambio que vivimos con la denominada web social: la cultura de compartir, nacida en internet, empieza a dar forma a comportamientos e ideologías fuera de la red. Del consumidor al prosumidor; del productor activo de información, conocimiento, a un individuo que cuando consume, ya no sabe hacerlo de espaldas a su círculo social, que se ha convertido ya en consumidor colaborativo.

La innovación social es, en este sentido, la forma más importante de innovación hoy, la P2P, la revolución más importante de las que vivimos. Y ello, según el libro *What's mine is yours, the rise of collaborative consumption*, por algunos motivos básicos:

- La presión de urgencias medioambientales no resueltas, la sostenibilidad o necesidad de frenar un consumo imposible de mantener para toda la humanidad por demasiado tiempo más.
- La importancia renovada de lo que significa comunidad, el resurgir de viejas (la “comuna”, en cierto modo) y la emergencia de nuevas “formas de estar juntos” a través de las denominadas arquitecturas de la parti-

cipación, las redes sociales de las que hablamos ampliamente en Socionomía las redes P2P, las redes en tiempo real, etc.

- La crisis económica, que obliga a replantear cuestiones, a reinventarnos como individuos, cultura y sociedad.

Dicho de otro modo, si compartir siempre ha dependido de una red, ahora que “la red” ha redefinido su alcance, significado y posibilidades gracias a internet, las oportunidades y ventajas de hacerlo aumentan enormemente. Cuando eliminamos, por ejemplo, los costes de transacción, de organizar la colaboración, compartir se convierte en un comportamiento altamente competitivo. Es el nuevo poder, como diría Clay Shirky, de la organización sin organizaciones

que está fundamentando la Sociedad aumentada que vivimos.

Reinventando elementos básicos: de la propiedad al acceso, a las experiencias, al sentimiento de comunidad

Nadamos en el sinsentido: el 80% de las cosas que tenemos es usado menos de una vez al mes. Urge evolucionar desde una sociedad neofílica, con unos bienes preprogramados para no durar mucho, necesitada de créditos para seguir el trepidante ritmo de lo “cool”, de lo nuevo. Debemos aprovechar la oportunidad que nos presta la emergencia de un ecosistema de conectividad permanente que facilita disponer de bienes o servicios sin necesidad de adquirirlos.



Es hora de poner en marcha la inteligencia colectiva para ver cómo hacer que los productos y servicios compartidos sean más atractivos que la propiedad. Diría Kevin Kelly que el acceso es mejor que la propiedad: no queremos las cosas sino las experiencias que las cosas pueden proporcionarnos. En el mismo sentido se pronunciaría Jeremy Rifkin, en *The age of access*, con su idea de que la propiedad privada estará pasada de moda en 25 años.

Y todo ello incluso en ámbitos impensables... citan en Collaborative Consumption (Rogers y Botsman, 2010) a Bill Ford, presidente de la compañía del mismo nombre, que reconocía lo siguiente sin temor en una entrevista en 2009: "El futuro del transporte será una mezcla entre Zipcar (servicio para compartir coches privados), transporte público y coche privado".

Es una más de entre las muchas propuestas que van surgiendo, muchas veces como forma de resurgir de las economías del intercambio, del trueque, propias de ámbitos locales y primitivos pero que pueden beneficiarse ahora de la arquitectura colaborativa de la red. Así, pueden ser múltiples y estar en diversos lugares las cosas que necesitamos y es probable que el actual propietario del bien o servicio no necesite o desee nada de lo que podamos ofrecerle en un momento determinado. Es lo que algunos sociólogos han llamado la dificultad de la coincidencia de necesidades, que internet y su abundancia colaborativa soluciona. La red funciona como banco común para el inter-

cambio de las más diversas necesidades (tiempo por dinero, banco de la felicidad en Estonia, moneda virtual VEN, son algunos notables ejemplos de iniciativas para organizar formas contemporáneas de trueque) de forma fácil. Se trasladan incluso las teorías de redes sociales (6 grados separación) a los items que se pueden intercambiar, existiendo cosas tan sorprendentes como Swaptree, combinado explosivo entre la tecnología de recomendación de Amazon y la ideología de freecycle.

Es, otra vez, el poder de la organización sin organizaciones, que podemos trasladar incluso a lo que en muchos sentidos es la institución por excelencia: el dinero. Existen ya, en este sentido, ejemplos de bancos sociales, comunidades para solicitar y dar créditos, como Zopa (al 0,65% de interés), en los que prestamistas y necesitados de préstamo se encuentran de forma independiente de la institución bancaria. Representan ya el 10% del mercado de préstamos personales en EEUU en 2010.

Otros ejemplos concretos citados en el libro de Rogers y Botsman (2010) son Zipcar, Airbnb

(viajes P2P), Freecycle (de intercambio, regalo, de cosas que nos sobran a quienes puedan necesitarlas), Landshare (intercambio de cultivos de verduras y tierras para hacerlos), servicios de intercambio de ropa para adolescentes, intercambio de juguetes para niños, coworking o puestos de trabajo compartidos, couchsurfing (alojamiento peer to peer), los conocidos servicios de bicing, intercambio de cajas, etc.

Neurobiología de "compartir", sentido de la justicia, información

También lo hemos dicho ya, la investigación neurobiológica indica que compartir es natural. Cuando niños de solo 14 meses ven a un adulto (incluso si lo acaban de conocer) que necesita que se le abra una puerta porque tiene las manos ocupadas, intentarán ayudarlo. Al año, un niño apuntará con el dedo objetos que el adulto simula haber perdido. Si dejamos, por último, caer un objeto ante un niño de dos años, lo recogerá para nosotros y nos lo ofrecerá.

Lo indican las investigaciones de Tomasello en *Why we cooperate*: empatía o cooperación pueden ser naturales, no aprendidas ni surgidas para obtener determinadas recompensas. Ocurre sin embargo que a los tres años el niño empieza a adherirse a normas sociales, moldeadas por una cultura hiperindividualista y empieza a ser más cuidadoso con la idea de compartir.

También lo demuestran múltiples experimentos en psicología

social: niños, adultos e incluso primates, no solo sabemos intuitivamente lo que es justo y lo que no, sino que sentimos una aversión natural hacia la desigualdad, el desequilibrio, la injusticia.

Todo ello florece en el entorno libre de las redes.

Generación We

Algo ha cambiado en torno a la tragedia de lo común, la conocida en el ámbito anglosajón “tragedia del commons”, que según Hardin significa que la explotación compartida tiende a provocar el egoísmo, la ambición, la ruina de todos. Y es que el tema, en el mundo de los bits, de naturaleza libre, infinitamente reproducibles y no desgastables, como reconoce Ostrom, es completamente distinto. Así, el alguna vez denominado Sharismo, la cultura de los bienes compartidos, parece un cambio cultural tremendamente actual y directamente observable en algunos productos de la creatividad juvenil. Además, parece que van tomando, como siempre recuerdo en charlas, las riendas de una sociedad con mucho conocimiento a su alcance pero pocos rumbos definidos.

Lo demuestra una encuesta en el USA Today: el 61% de los jóvenes de 13 a 25 años se siente personalmente responsable de cambiar el mundo. Y no es algo que se quede en el volátil ámbito de las ideas, con cifras como el 81% que han sido voluntarios alguna vez o un 83% que considera la responsabilidad social o medioambiental de las compañías a la hora de tomar decisiones de compra o valoración de la calidad de productos



o servicios. Así, podemos afirmar que la generación “me” está siendo sustituida por la generación “We”, con valores mucho más allá de lo material.

“Cada vez más tú, cada vez más yo”, cada vez más Nosotros

Parfraseo al gran Sabina cuando definía magistralmente el desamor: “y cada vez más tú y cada vez más yo sin nada de nosotros”. Ocurre con la Sociedad 2.0 todo lo contrario, resultando una sociedad cada día más empática.

Dice Kevin Kelly en su último libro (*What technology wants*) que si la regla de oro de la moralidad es comportarse con los demás de la misma forma que nos gustaría que los demás se comportasen contigo y estamos expandiendo con las tecnologías la noción de “los otros” mucho más allá de la proximidad física, del ámbito local, eso significa mayor desarrollo moral. Estaríamos hablando de la sexta etapa en la teoría del desarrollo moral de Kohlberg a la que quizás le faltaba cierta coherencia en el aspecto de la universalidad. También de la ne-

cesidad de “confiar en extraños”, como comportamiento avanzado y pre-requisito de la innovación social en las redes digitales distribuidas que plantean Rogers y Botsman (2010).

Vivimos, en definitiva, en un “We” cada vez más amplio, globalizado, casi universal en las redes sociales, en las que las relaciones son mucho más variadas, sutiles y creo, como definiendo en Socionomía, que elaboradas, un mundo en el que las leyes universales de la reciprocidad son quizás más indirectas pero siguen más vivas que nunca.

Esperemos que se generalicen el tipo de plataformas que hemos ido enumerando, porque más allá del servicio concreto que prestan, logran un objetivo secundario, re-ulsivo para el cambio de muchos aspectos urgentes en la sociedad postdigital: el de construir nuevas formas de comunidad que recuperen las funciones, muchas veces perdidas, de la tradicional.

Vivimos en un mundo cada vez más conectado en el que lo que es bueno para el individuo (la misma alegría, dirían Fowler y Christakis, que se contagia a través de las re-



des) es bueno para todos, en una sociedad postdigital en la que somos “cada vez más tú, cada vez más yo”, cada vez más Nosotros y por lo tanto, cada vez más grandes.

Internet y empoderamiento

Leía el otro día acerca de unas, en mi opinión, desafortunadas declaraciones de Vinton Cerf: internet no tenía que ser entendido como un derecho en sí mismo sino como un activador de otros derechos (libertad de expresión, acceso a la información, etc.). Sobra decir que después de la primavera árabe, de que empiece a vislumbrarse cierta esperanza para el empoderamiento popular en lugares tan “duros” como China, de que internet nos haya demostrado con creces su potencial democratizador y de que incluso Naciones Unidas haya recomendado que el acceso a internet sea considerado un derecho fundamental, me parecen tremendamente desafortunadas las declaraciones de uno de los denominados padres de la red. No sé si está entre sus intenciones pero me parece que lo que hace Cerf es

“marear la perdiz”, ofrecer excusas a los gobiernos para preservar la competencia en el ámbito de las telecomunicaciones, actuando a favor del capitalismo más voraz.

Argumentaba Cerf que el derecho a la libre circulación no significa que los gobiernos tengan que proporcionarnos un coche. Creo que se equivoca en ese aspecto y que resulta mucho más lógico y adecuado ver internet como carretera, como vía pública que todos/as deberíamos tener derecho a transitar.

Y es que acercándonos ya a nuestro tema, no considerarlo un derecho sería negar a muchos ciudadanos del mundo la posibilidad de disfrutar de este mundo mejor que las TIC, las TAC (Tecnologías del Aprendizaje y el Conocimiento), las TEP (Tecnologías del Empoderamiento y la Participación) posibilitan. Cuando hablamos de internet lo hacemos de una nueva oportunidad de paliar las desigualdades, de un medio extremadamente potente en cuanto a la generalización de las posibilidades de acceso a uno de los derechos más fundamentales y universales, el que en mayor medida va a garantizar que sobrevivamos a cualquiera de las crisis por llegar: el del acceso a la educación.

Todo ello me hace pensar en un tema sobre el que escribíamos hace tiempo, el de la actualidad y la fuerza todavía del concepto de Zona de Desarrollo Próximo. Decíamos que con internet, con los conceptos de red y/o entorno personal de aprendizaje, una de las ideas más interesantes de la teoría de Vygotsky debía ser revisada.

La ZDP es definida como la distancia entre el nivel de desarrollo efectivo del alumno (aquellos que es capaz de hacer por sí solo) y el nivel de desarrollo potencial (aquellos que sería capaz de hacer con la ayuda de un adulto, experto o compañero más capaz). Pues bien... el aumento del número y la calidad de las relaciones que podemos establecer, de la calidad de los recursos a los que podemos acceder en la actualidad, gracias a internet, nos sitúan en un escenario que la aumenta de forma espectacular.

Así, con el aumento de la zona de desarrollo próximo, de las posibilidades del acceso a la educación desde cualquier lugar del mundo volvemos a la necesidad de un acceso a internet universal que haga que todo ello se realice.

Como ciudadanos, como profesionales de la educación aumenta también la necesidad de que nos formemos, perfeccionemos y eduquemos estrategias, herramientas de aprovechamiento de todo ello. En este sentido los entornos y especialmente las Redes Personales de Aprendizaje como propuesta metodológica especialmente afín al constructivismo social de Vygotsky, entre otras propuestas metodológicas actuales, sí serán los vehículos que transitarán las autopistas digitales. Derecho universal al acceso y vehículos para emprender un viaje sin retorno entre lo que somos y ya, en un contexto de aprendizaje permanente, no tanto lo que podemos llegar a ser sino hacia lugares que nos hacen cada vez más grandes en cada momento de nuestras vidas.